

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no cuento jamás a mis lectores lo que veo en los salones; y no es que no se vean, allí como en cualquiera otro concurso humano, cosas dignas de ser contadas, sino que hay plumas muy diestras, de más completa información, con carácter especial y profesional, consagradas a esa tarea, la cual, entre paréntesis, se me figura ardua y difícil entre las que pueden ejercitar la pluma del cronista.

No sé por qué se acoge con cierto esguince desdeñoso la labor del revistero de salones. La notación de la vida, sea elegante ó popular (aldeana, obrera), nunca suele realizarse, en el texto del periódico, con aquella intensidad artística, privilegio de la novela y del cuento. Por necesidad, por natural ley, lo que se escribe en un periódico (destinándolo a la breve vida de veinticuatro horas) no se tornea, perfila y acicala como lo que (al menos en la mente del autor) está llamado a pasar a la posteridad y a cimentar una fama. ¿Qué pide el lector cuando entre bostezos y sorbos de chocolate despabila su diario? ¿Qué pide cuando de noche lo transforma en gorro de dormir? Enterarse de los resultados de la crisis, de la última ascensión del *Alcotán*, de quién se ha muerto y de cuál es la archiduquesa con mayores probabilidades de sacar un novio á pedir de boca... Todo esto no requiere ni derroche de estilo, ni gran calor de humanidad, como antaño se decía; por lo tanto, á mi parecer, cuando una revista de salones entera á su público de quiénes estuvieron en tal baile ó comida, de los colores de los trajes, del estilo del mobiliario de la casa, de si eran rubios ó zafiros lo que empedraba el aderezo de la dueña, de si en la cacería se cobraron ochenta perdices ó treinta faisanes..., no me figuro que por contera se exija una observación á lo Flaubert, ni una elegancia de lenguaje que eclipse á los maestros del habla castellana.

Además, el público no acaba de convencerse de que un cronista de salones no vale tanto por lo que dice, cuanto por lo que se calla. Su retórica es el eufemismo, la discreción y el silencio. El cronista no necesitará mentir, pero necesita tragarse infinidad de verdades, de esas que nadie publica porque se acreditaría de grosero y bárbaro. Atroz sería pregonar un sinnúmero de cosas que se susurran en voz baja: unas, porque acaso no lleven el sello de la verdad; otras, porque siendo sobrado ciertas, no pertenecen al número de aquellas verdades salvadoras que conviene proclamar á gritos, como era indispensable que fuese proclamado el Evangelio, aun á costa de efusión de sangre y hondos sacudimientos y revoluciones. Así como la palabra sirve para disfrazar el pensamiento, en opinión de un sabio que no puedo recordar ahora si fué Maquiavelo ó Tayllerand, los escritos á veces deben servir para correr un velo sobre infinidad de verdades secundarias, sin mija de provecho, que sólo interesan, en último caso, á los mismos ó mismas á quienes molestaría infinito que se divulgasen. Los que las cierran bajo siete llaves y no quieren seguir las huellas de la imprudente Pandora, proceden como filósofos, y hasta como caballeros cortes y galantes.

No sé qué diablos de ventaja hubiese reportado á nadie, por ejemplo, que se hubiese trompeteado en letras de molde, años ha, la decadencia de la espléndida hermosura de cierta dama que ya se ha muerto, y que realmente, en sus tiempos triunfales, fué una diosa. Los años hicieron su oficio infalible y cruel: apagaron dos ojos árabes, alteraron unas líneas ma-

ravillosas de pureza y majestad, despoblaron las encías, arrugaron la un tiempo satinada tez... La dama no se resignó. Empezó la lucha desesperada de los vencidos de antemano. Uno de sus arbitrios defensivos fué vestir de blanco, invariablemente. En invierno como en verano; que la moda prescribiese el tono *cuisse de nimphe émue* ó el de «rábano afligido», ella se consagró á ese color, que es el de los albores de la vida, el de las ilusiones castas y aromadas, el de la primera comunión y el del ropaje nupcial. La constancia en envolverse en blanca; sedas, en el fondo, decía esto: «Quisiera verme otra vez en los quince ó á lo sumo en los veintidós; ser comulgante nueva ó ruborosa novia.» Ni lo uno ni lo otro cabía ya..., pero la auquesa continuaba envuelta en sus blancas gasas, en sus albos encajes plegados por el gran modisto, en sus brocados afrentadores del ampo de la nieve; y cuando de lejos, en los saraos, se veía venir á una mujer, rendida al peso y al estrago del feroz *kronos*, y que arrastraba una cola de cándida seda ó raso, orlada de espumas de tul, no había que preguntar: era ella, en su ducal magnificencia, en su ducal ruina...

Al otro día—indefectiblemente, porque no pasaba inadvertida su presencia—los revisteros echaban á vuelo el incensario encomiando su beldad, y no mintiendo, siempre que se refiriese la crónica á veinte años antes. Y de fijo también encomiaban la gallarda *toilette* blanquísima, que, como la nieve los soberbios restos de alguna construcción grandiosa, envolvía aquel glorioso pasado...

¿Por qué iba yo diciendo todo esto? ¡Ah! Ya recuerdo: porque, si bien no trato de salonerías, me ha tentado ahora el asunto de las inauguraciones de oratorio.

Verdad que la inauguración de un oratorio no es salonería más que si se considera que á los oratorios suelen preceder salones, y de que, para inaugurar un oratorio, se reúne gente escogida, lo mismo que para un *raout*. Sin embargo, no acabo de convencerme de que sólo por esto figuren las inauguraciones de oratorio bajo la rúbrica de revistas de sociedad, en las cuales tienen hoy cabida cosas tan antisociales como los entierros. Parece que lo social, ó mejor dicho la salonería, ha de revestirse siempre de cierto aire de fiesta profana, y la gente, cuando la transportan á su último asilo, no suele estar para fiestas.

La inauguración de oratorio es el término medio entre lo sacro, lo profano y lo familiar. Revístese tal ceremonia de un carácter simpático. La intimidad del hogar se afianza con ese santuario doméstico que reunirá á la familia en más estrecho vínculo, para que junta y separada de la muchedumbre, cumpla el precepto de la misa. El cuidado de los ornatos, que las buenas amas de casa no fian á nadie (siendo de su cargo tener las albas, toallas y paños guarnecidos de encajes y limpios como el sol), es un lazo religioso, una devoción sencilla y personal, pegada á la vida interior de la casa. El altar, adornado con flores, resplandeciente de luces, dijérase que santifica la mansión, pareciendo repetir, con palabras evangélicas: «Si Dios no edifica la morada, en balde vigilarán los que la custodian.»

Los oratorios particulares van aumentando en Madrid. Tener oratorio era costumbre de nuestros abuelos; estaba olvidada; hoy parece que renace, ¡como renacen tantas cosas! Las cigüeñas retornan al campanario... y el lujo toma también esta forma, como toma otras infinitamente menos simpáticas y castizas.

Los oratorios que recuerdo ahora—el de la duquesa de Denia, con infulas de gran capilla; el de los marqueses de Linares, más reducido—no desdecían del estilo de los respectivos palacios. Para mi gusto, demasiado á la moderna. En el de los marqueses de Linares, un Niño Dios poco artístico ostentaba (siempre que los dueños recibían), prendidas sobre su cuna, joyas que valían millones.

En el oratorio de los duques de Valencia, inaugurado este año y de un carácter antiguo, tradicional, eminentemente español, el Niño es otra joya, como las espléndidas diademas de brillantes y los ríos de solitarios que serpeaban, en Nochebuena, entre los viejos puntos de Alençon y de Inglaterra que envolvían la divina cunita.

El oratorio de más reciente inauguración es el del Senador D. Tomás Allende. El dueño es lo que llaman en Inglaterra un *self made man*. El trabajo y la inteligencia han puesto en sus manos el oro, gran resorte de nuestra máquina social. El honroso origen de su fortuna parece reflejarse en los rasgos de su figura enérgica, en la buena y franca expresión de sus ojos. Me agradan estos laboriosos, y me consuelan de tanto vago, de tantos como sólo viven para el cigarro y el naípe.

El oratorio de Allende es moderno, pero la fami-

lia es de corte clásico, modesta, amable, seria, ajena á la disipación. La casa ostenta un lujo concentrado y sin alarde; ¿entendéis de qué especie de lujo hablo? Un lujo que no se mete por los ojos, ni corre tras la moda para atraparla al vuelo y estereotipar su última mueca; de un lujo que no anda á caza de la novedad inglesa para traducirla al idioma del garbanzo; de un lujo que consiste en que todo sea caro, excelente, que cada cosa sea lo que parece, y nada más, ni nada menos tampoco. Decoración sobria y rica; alfombras de la fábrica, hechas á la medida de los salones; muebles cómodos, bien estofados; aire y luz á chorros en las habitaciones (¡gran lujo es este!), ningún *bibelot*, y dos ó tres lienzos de primera. El oratorio, blanco y dorado, y entre los ornatos, dos ó tres bordados góticos y del Renacimiento, muy auténticos, restaurados admirablemente. Y he de confesar que, comprendiendo la necesidad imprescindible de que se restaure lo que ha de consagrarse al culto, á mí estos bordados me gustan más cuando están pálidos y desvaídos, con una tonalidad muriente, lánguida.

Se inauguró el oratorio con misa rezada, que celebró el obispo de Vitoria, y al final pronunció una exhortación oportuna, de tonos sencillos y plácidos, el mismo prelado. Entre otras cosas, nos dijo el señor obispo que los templos, actualmente, son más grandiosos y bellos que pudo ser el de Salomón, porque lo que allí era figura—la redención y la nueva ley—ahora es realidad. Es muy posible, en efecto (ateniéndonos solamente á la parte arquitectónica), que los templos construidos desde el triunfo del cristianismo superen á los más famosos de la antigüedad. La descripción del Templo erigido por el hijo de Betsabé y de David es muy sugestiva, tiene notas de fastuosidad oriental..., pero pensemos en las catedrales, y no me refiero sólo á las que alzó la Edad media, sino asimismo á las modernas, que si no revelan tanto la fe acendrada, tocante á magnificencia, nada tienen que envidiar á las de antaño. Digalo el famoso Sacré Coeur de París. Lo que hace superior á todo el templo de Salomón, para mí, es el haber sido arrasado, asolado, saqueado, el no existir más que en la imaginación impresionada fuertemente por la lectura de los Santos Libros.

La fantasía sobrepuja siempre á la verdad. No sé ni es fácil averiguar si el célebre «mar de bronce» del templo de Salomón fué más reducido que los estanques de mosaico de la Exposición francesa. Si se ha exagerado sus dimensiones, ¿quién lo averigua hoy? Hay que pensar en la historia de Salomón para explicarse su Templo y en general sus aspiraciones á superar á todos los monarcas contemporáneos suyos. Salomón era hijo de un advenedizo. Nada más humilde que el origen de su padre, el Salmista. La historia ni aun ha conservado el nombre de su madre. Pastor de ovejas, mozo de la tribu de Judá, la designación de Samuel le sacó de su obscuridad y le llevó al lado del rey Saúl. ¿quien extraños presentimientos decían que aquel mozo diestro en tañer, aquel honderillo, era su destino infausto encarnado en un hombre. ¿Estaría Saúl informado de la consagración, del óleo derramado por Samuel sobre la cabellera de David? ¿Eran celos de las simpatías que David sabía infundir en todos? De otra suerte, no se explica el odio repentino al citarista, las mil celadas que armó para asesinarle.

Cuando David hubo ascendido, al través de peligros y combates después de tomar á Jerusalén con la espada, á la monarquía hebrea, sobre su epopeya militar tenía que alzarse la obra del estadista y del civilizador, que fué la de Salomón. Salomón tenía que construir el asilo digno de aquel Arca que Urías lamentaba ver en grosero albergue, mientras los oficiales del ejército dormían sobre la tierra seca del desierto. Las victorias del león de Judá tenían que traer en pos el esplendor, el lujo intenso, artístico, de que Salomón hizo gala y que en la construcción del templo llegó á su colmo. David había reunido parte de los materiales; pero el derroche de oro de Ofir, del cual se hicieron vasos y candeleros sagrados; el empleo de mármoles, maderas raras y preciosas..., sólo perteneció al hijo del gibor encanecido en las batallas; á Salomón, al más grande de los reyes, de los poetas, de los pensadores. ¡Salomón! Su nombre solo—pronunciado en un oratorio del siglo XX, en la calle Mayor de Madrid, media hora antes de gustar el champagne, en amistoso almuerzo—me trajo á la mente una serie de representaciones y de ensueños, el dolor de no haber nacido entonces, para verle en la plenitud de su gloria.

Y observo que me he ido, si no precisamente por los cerros de Ubeda, al menos por las colinas de Jerusalén... Es que más tiempo vivo en la vida retrospectiva que en la contemporánea.

EMILIA PARDO BAZÁN.